

Por la Sra.

# Beatriz Draper



Siempre me gusta volver, aunque sea con la memoria, a aquellas Fiestas de la Primavera en Pando. La llegada de la primavera no era solo un cambio de estación: era un acontecimiento que movilizaba a todo el pueblo. De alguna manera, participábamos todos los pandenses. Los comerciantes engalanaban las vidrieras con esmero y competían en concursos que llenaban de color las calles.

Los jóvenes nos sumábamos desde los centros de estudio. La Barraca Pando y la Barraca Bertolotti nos adornaban los camiones con flores y guirnaldas, y así desfilábamos orgullosos. El recorrido comenzaba frente al Colegio Nuestra Señora del Huerto, seguía por Solís, continuaba por Wilson Ferreira hasta Treinta y Tres, rodeaba la plaza y regresaba por General Artigas. Las calles se llenaban de aplausos, risas y música.

El gran Baile de Primavera era otro momento inolvidable. Al principio se realizaba en el Club Solís. Asistíamos con nuestros padres, elegantemente vestidos, como si se tratara del acontecimiento más importante del año. Allí se elegía a la Reina de la Primavera, entre jóvenes llenas de ilusión.

Pando tenía entonces una vida social intensa y encantadora. Nos visitaban músicos nacionales y extranjeros, como Pedrito Rico, y cada espectáculo era una verdadera fiesta. Recuerdo sus calles de adoquines y cómo, con el paso del tiempo, fueron transformándose en calles de hormigón. En ellas aprendí

a patinar y compartí tardes interminables con amigas. Era una ciudad donde se vivía bien, donde los jóvenes se reunían, soñaban y hasta formaban grupos musicales que llegaron a competir a nivel nacional. Funcionaban dos cines, el "Artigas" y el "Astro", templos mágicos donde la imaginación volaba. Y como todos los niños, también hacíamos travesuras: desde la planta alta arrojábamos pequeños objetos hacia abajo, sabiendo que si nos descubrían nos invitarían a retirarnos de inmediato... algo que, en el fondo, también nos divertía.

Viví mi infancia siendo vecina del Club Solís. No había gimnasio deportivo, pero sí una cancha de bochas. El club era un verdadero centro social: cada tarde, sobre todo los hombres, se reunían a la hora del café. Allí se jugaba al ajedrez, al dominó, al billar y a las cartas. Era un espacio de encuentro, de conversación y de comunidad.

En aquellos años, Pando tenía vida propia. La comunicación con Montevideo no era tan fluida como hoy, y eso hacía que el pueblo mantuviera una identidad fuerte, sin depender social ni culturalmente de otros lugares.

Qué privilegio haber vivido mi niñez y mi juventud en aquel Pando lleno de música, encuentros y primaveras compartidas.